

Inmigrantes en el país de las maravillas

ANA SILVIA BIANCO

— ¡Ah!, no podrás evitarlo –dijo el Gato–: aquí estamos todos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

— ¿Cómo sabes que estoy loca? -dijo Alicia.

—Tienes que estarlo –dijo el Gato– o no habrías acudido aquí (Carroll, 2016: 67)

Lewis Carroll nos lleva la delantera

—La cosa empezó por té y... –replicó el sombrero.

— ¿Titilar? ¡Claro que empieza con T! –le cortó el rey–
(Carroll, 2016: 115)

En enero de 1959, Lacan recomendaba un género literario para aquellos que estuvieran interesados en el psicoanálisis con niños. Sugiere la lectura de *Alicia en el país de las maravillas* alegando que esta obra tiene como fundamento “la profunda experiencia de las

ocurrencias ingeniosas de los niños” (Lacan, 2014: 187). Entonces, nos dice Lacan, si proyectan recibir niños en su consultorio, antes que, a Piaget, les recomiendo adentrarse en la lectura del *nonsense*¹. Este tesoro del Seminario *El deseo y su interpretación* (2014) me da pie para plantear una premisa: los niños están más próximos al fuera de sentido, al absurdo. ¿Acaso podríamos concluir de allí que los niños están más cerca de la locura? ¿Cuándo hablamos de locura en un niño?

La invitación a escribir sobre locuras discretas en niños incluye la distinción de la clínica con adultos. Es una invitación a hacerle cierto lugar a la clínica con niños cuyo soporte está en la obra de Freud así como en las enseñanzas de Jacques Lacan y de Jacques-Alain Miller.

Intentaré bordear la cuestión diagnóstica y la dirección de la cura partiendo de la hipótesis de que se trata de una clínica a investigar a partir de los aportes de la última enseñanza de Lacan, ligados a la concepción de una clínica continuista que se distancia —más aún— del paradigma de la normalidad.

La recomendación literaria mencionada fue realizada en el marco de una clase donde Lacan se pregunta “cómo entra en juego la operación del significante en el niño” (2014: 183). Toma un ejemplo: un niño nombra al perro como *guau guau* —tomando al animal como referente de esta designación— aun cuando los adultos a su alrededor se encargan de nombrarlo como perro. Eso es hacer la primera metáfora, dirá Lacan. Desde el momento en que el niño utiliza el *guau guau* para nombrar al perro, lo extenderá a muchas otras cosas que poco tienen que ver con el can. Una vez que el *guau guau* cobra estatuto significante, el niño comenzará a hacer combinaciones como “el gato hace guau guau”, “el perro

¹ Lacan menciona a Lewis Carroll y a Edward Lear como exponentes de este género literario en la lengua inglesa.

hace miao”. Los adultos podrán creer que el niño dice tonterías, quizás lleguen a corregirlo. Lacan comenta que en estos casos “el niño tiene reacciones emocionales muy vivas –en definitiva, llora porque sabe bien qué es lo que está haciendo, al revés de los adultos, que creen que se hace el tonto” (2014: 185). En este momento de la enseñanza, el maestro francés da cuenta de cómo el mundo se aprehende a través de las palabras y nos introduce en el goce que el niño extrae del uso de la lengua, uso que excede al lazo social.

Algunos años después, Lacan volverá a situar la relación del niño con el lenguaje haciendo hincapié en la materialidad de *lalangue*, es decir, en esa pura materialidad sin sentido:

He visto muy bien niños muy pequeños, aunque más no fuese a los míos. El hecho de que un niño diga “quizá”, “todavía no”, antes de que sea capaz de construir verdaderamente una frase, prueba que hay algo en él, una criba que se atraviesa, a través de la cual el agua del lenguaje llega a dejar algo tras su paso, algunos detritos con los que jugará, con los que le será muy necesario arreglárselas. Es eso lo que le deja toda esa actividad no reflexiva –los añicos a los cuales, más tarde, pues es un prematuro, se le agregarán los problemas de lo que lo espantará. Gracias a esto hará la coalescencia, por así decirlo, de esa realidad sexual y del lenguaje. (1988: 129)

Lalangue con la que el niño juega muestra cómo el lenguaje muerde la carne: el cuerpo “es extremadamente dócil al enjambre significativo como tal, sin que podamos prever a qué significante va a engancharse dicha docilidad” (Miller, 2012: 112).

Ese choque de la lengua con el cuerpo produce la sustancia gozante con la que el ser hablante deberá arreglárselas ya que agujerea la posibilidad de complementariedad sexual, haciendo que

la armonía quede perdida para siempre. No hay relación sexual, hay goce y el *parlêtre* deberá darle un tratamiento a este efecto del significativo en el cuerpo. En ese lugar, el país de las maravillas de *lalangue*, es donde el niño juega su primer juego. Por esta cuestión de estructura el “verde paraíso de las homofonías infantiles” (Miller, 2011: 289) es una vía por la cual entrar a la clínica con niños –y a la clínica en general–. Podríamos decir que al principio está el sin sentido, el juego con la equivocidad de la lengua fuera del discurso amo, fuera de la comunicación. De algún modo Freud lo ha dicho a su manera:

... lo consciente no ha adquirido todavía en el niño todos sus caracteres, aún se encuentra en proceso de desarrollo y no posee la capacidad de trasponerse en representaciones lingüísticas. (2003: 96)

En el Seminario 21 Lacan dice que el niño debe aprender a que el nudo se haga bien, ya que si éste no se realiza podrá ser no incauto (*dupe*). En tanto no anude lo real, no se dejará embaucar por el inconsciente y quedará del lado de la locura. Lacan postula que cuando uno de los redondeles del nudo borromeo se corta, los otros dos se sueltan –el uno del otro– dando paso a la locura. Toma a Juanito como paradigma de nudo borromeo –cuyos registros se mantienen juntos gracias a la fobia–, y por ello lo considera un neurótico, ya que, si se corta una de las cuerdas, las otras dos pueden mantenerse unidas.

Podríamos considerar a la infancia como un tiempo de invención, de dar respuestas al goce sin sentido y al traumatismo que produce la palabra. Allí radica también la complejidad a la hora de hacer un diagnóstico diferencial en tanto “se interviene cuando la defensa no ha cristalizado todavía” (Miller, 2014: 14).

En esta línea quisiera tomar un aporte de Enric Berenguer que nos introduce en un campo a investigar:

Hay que tener en cuenta que algo de la clínica de la primera infancia evoca el tipo de continuidad entre los tres registros a la que se refiere Lacan en el Seminario 23 cuando habla del nudo de trébol para caracterizar la paranoia. Puede decirse, por oposición a esto, que el tipo de continuidad que está dado casi de entrada no corresponde a la producción de un síntoma que fije la continuidad entre imaginario, simbólico y real. Por el contrario, a falta de un síntoma, se trata de un estado de indiferenciación cuasi primario, una cuasi continuidad en la indiferenciación. En efecto, sería imposible pensar una diferenciación completa primaria entre Imaginario, Simbólico y Real. (Inédito)

¿Podríamos decir entonces que por estructura todos los niños son locos, al estar un poco más acá de la debilidad mental?

Locuras y locuras

Si la locura es generalizada, si todos advenimos como inmigrantes en el país de las palabras, hay que distinguir esa locura estructural de otros tipos de locura.

¿Qué consideramos como signos discretos de locura en un niño?

Podríamos tomar como ejemplo el “período díscolo” que Freud describe de la infancia del Hombre de los lobos, con inicio alrededor de los 4 años:

Parece que al principio fue un niño manso, dócil y más bien tranquilo [...]. Pero cierta vez que sus padres regresaron del

viaje de verano lo hallaron mudado. Se había vuelto descontentadizo, irritable, violento, se consideraba afrentado por cualquier motivo y entonces se embravecía y gritaba como un salvaje, a punto tal que los padres, viendo que ese estado duraba, expresaron el temor de no poder mandarlo nunca a la escuela. (2003: 15)

En la práctica los motivos por los cuales se consulta son variados, pero, al igual que en el caso de Freud, se puede ubicar cierto trastorno del goce en relación con el lenguaje, al cuerpo y al lazo social. En este margen se encuentra la clínica de las locuras infantiles: niños que presentan caprichos intensos, inquietud corporal, raptos de enojo sin aparente justificación, niños que no se concentran en la escuela, que se aíslan de sus pares, que pueden mostrar cierta desinhibición, que no acatan normas –ya sea desde la confrontación o desde el desgano–, que presentan un uso “raro” o selectivo del lenguaje, que están gran parte del día frente a una pantalla...

Se designa a estas manifestaciones como locura desde cierta arbitrariedad e imprecisión, como un modo de apresar mediante un nombre aquello que no se sitúa como algo del orden del síntoma como formación del inconsciente, –como podría ser un miedo o una conversión– ni del lado de la angustia. Son esas locuras inclasificables que se presentan con frecuencia en la clínica con niños.

Siguiendo a Miller podríamos decir que esas locuras poco ruidosas –donde muchas veces no es posible circunscribir fenómenos elementales– que tienen el aspecto de estar entre la neurosis y la psicosis, dan lugar a una clínica donde importa la cuestión de la tonalidad.

La clínica de la tonalidad, cuando de niños se trata, no es sin tener en cuenta la cuestión de los tiempos lógicos del de-

sarrollo, así como la ubicación del acontecimiento –en tanto sorpresa que concierne a un sujeto–. Podrán situarse casos en los cuales el nudo no está acabado todavía, especialmente en la primera infancia, otros en los cuales un lapsus o desenganche de éste precipita una consulta, pero donde no se ha producido un verdadero desencadenamiento.

Entonces deberíamos preguntarnos cómo se las arregla un niño –en singular– para mantener juntos Real, Imaginario y Simbólico, para localizar el goce y la angustia.

A veces sucede que el anudamiento que el niño ha realizado en determinado momento va a contrapelo de lo esperado por lo que ordena el discurso amo. Esto sucede por ejemplo cuando desde la institución escolar se señala a un niño porque está aislado, ajeno al lazo con otros, aun cuando no presenta dificultades en lo pedagógico ni en la adecuación a las normas.

Al hablar de locura discreta en niños podríamos referirnos a un abanico de posibilidades que producen una deslocalización del goce, reduciéndolas a lo que se denominó como psicosis ordinaria o bien a casos en los que ciertas manifestaciones dan cuenta de que el Nombre del Padre está inscripto, pero no está puesta en marcha su operatoria.

Esta última posibilidad es discutible y depende de cómo se piense la clínica. En este punto ha de tenerse en cuenta la distinción establecida por Lacan en “De una cuestión preliminar...” (1987: 513-564) entre P_0 –es decir, la forclusión del Nombre del Padre– y Φ_0 –la elisión del falo–. En sus clases sobre el Hombre de los Lobos, Miller señalaba:

Luego, habrá que ver si conviene hablar de psicosis solo cuando se realizan Φ_0 y P_0 o también cuando hay únicamente

Φ_0 y no P_0 [...] Y la cuestión es saber si Φ_0 es concebible sin P_0 o, si en todo caso, la existencia de fenómenos comandados por Φ_0 indica que hay P_0 , esto es, la forclusión del Nombre del Padre. (2010: 33)

¿Podrían ubicarse casos donde está inscripto el Nombre del Padre, pero aparece la elisión del falo? ¿Cómo inferir esa inscripción si “no hay que olvidar que la castración simbólica se localiza por sus efectos imaginarios”? (2010: 57).

En principio, la dificultad se presenta justamente cuando es evidente el rechazo al inconsciente y se pueden localizar alteraciones en lo imaginario, pero no toman la forma de la alucinación y del delirio.

Un desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida

La distinción entre P_0 y Φ_0 no se sostiene en la clínica borromea ya que ésta supone “una conexión mucha más estrecha del goce y del significante, la continuidad de los dos campos” (Miller, 2011: 216) en tanto el cuerpo orgánico se encuentra afectado por el lenguaje. Por lo tanto, la división entre trastornos del lenguaje y trastornos del cuerpo se produce cuando la libido no está localizada.

El nudo borromeo supone la equivalencia de los registros Real, Simbólico e Imaginario. Para que estos estén diferenciados y anudados se necesita de un cuarto elemento, el *sinthome*: “[...] me permití definir como *sinthome* lo que permite al nudo de tres, no seguir siendo un nudo de tres, sino mantenerse en una posición tal que parezca constituir un nudo de tres” (Lacan, 2012: 92).

Entonces el *sinthome* se presenta como lo que anuda, y hace de defensa frente a lo real.

Planteando la hipótesis de que la clínica con niños se acerca más a la clínica del *parlêtre* –sin desterrar la clínica estructural– considero que es necesario hacer una investigación en detalle. En este sentido puede resultar orientador rastrear qué puede funcionar para un niño, qué hace de tope a la fuga de sentido y a la dispersión imaginaria. Es decir, qué modalidad de defensa frente a lo real presenta ese niño, que puede incluir o no la elucubración de saber.

¿Cómo concluir que hay un desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida si no aparecen evidentes fenómenos elementales?

Algunas pistas serán dadas al ubicar cómo se está introduciendo el sujeto en el lenguaje, la posición que tiene en relación al uso de la palabra y del cuerpo, de qué modo se enlazan los registros, si son anudados por el Nombre del Padre o no. Es necesario intentar diferenciar las creaciones del lado de *lalangue*, el placer experimentado por los juegos del sin sentido, de los trastornos del lenguaje (que incluye los trastornos del significante y de la significación).

¿Pero cómo distinguir un trastorno del lenguaje de un disparate infantil propio de la inmersión en el lenguaje?

En principio habría que intentar ubicar si el niño goza de *lalangue* sin haber pasado por el goce del sentido, de la elucubración de saber –lo cual puede ser una manifestación esperable en la primera infancia–, si se trata de un uso privado de la lengua no ligado a la función fálica, o si es un elemento al cual un niño puede echar mano para divertirse, incluso para “engañar” al Otro, en el marco de una ficción fantasmática.

El lenguaje supone a la *lalengua* junto con el ingrediente social que la ordena –a través de la gramática, la sintaxis, la semántica, etc. – La lengua de cada quien siempre tiene un costado privado,

singular, de *nonsense*. No obstante, si hay un desenganche más profundo del Otro y una conexión más fuerte con la propia *lalengua*, estamos más cerca de la psicosis. Asimismo, podemos investigar qué posibilidades de historizar tiene ese niño, de ubicarse en una genealogía, de ubicarse en una temporalidad.

La transferencia es el terreno donde se jugarán las cartas que nos orienten para recortar la singularidad del niño a partir de lo que el análisis puede propiciar. La investigación implica verificar si hay índices de relación al falo, de castración, si hay un síntoma que anude una neurosis—como en el caso de Juanito—, si las dificultades en la apropiación del cuerpo exceden al tratamiento del goce vía el montaje pulsional y los diques anímicos. Si el enlace entre los registros se produce vía Nombre del Padre, se podrá ubicar el *objeto a* tanto como plus de gozar como causa de deseo que da lugar al goce de la castración.

A veces hay una relación pacífica con el cuerpo, pero por su rigidez y por los artificios que implementa el sujeto podemos inclinar la balanza para el lado de la psicosis donde no hay mensaje a descifrar; es decir, hay fenómenos de cuerpo sutiles que no están regulados por el lazo al Otro. Es necesario situar qué uso tiene el niño del semblante—si hay articulación entre Imaginario y Simbólico— o si hay identificaciones rígidas o *como si*—donde se sostiene en cierta mimesis—.

Miller plantea que cuando los fenómenos de cuerpo se instalan permanentemente pueden llegar a funcionar como *sinthome* que ordenan la vida de un sujeto y en ese caso es importante ubicar el tiempo anterior, el enunciado que precede a dicho fenómeno (2012: 110). El uso del cuerpo puede parecer normal, pero “muchas veces, lo único que nos indica en qué registro estamos es el enorme esfuerzo de invención que hay detrás, de invención a medida, cuando para los neuróticos es de confección” (Miller, 2011:

255). En el caso del Hombre de los lobos, por ejemplo, podemos situar cierta particularidad en relación a su cuerpo vinculada con la función excretoria. El joven no podía defecar espontáneamente por lo que necesitaba la asistencia de un acompañante que le aplicaba unas lavativas para provocar la defecación. Por otro lado, hay niños que –más allá del uso generalizado– localizan el goce en un gadget, que hace las veces de *objeto a*, apaciguando a un cuerpo que se les escapa.

Siguiendo la conferencia de Miller, “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria” (2010), entre los indicios del desorden en el sentimiento de la vida, encontramos una externalidad social que atañe a la identificación del sujeto con una función social, con “su lugar bajo el sol”. En el caso del niño, si bien le queda un tramo por recorrer, algo de esto también puede ubicarse en tanto se precise ese desamparo, esa imposibilidad para conectar con el mundo. En relación a la externalidad subjetiva, hay que buscar “un indicio de vacío o de vaguedad de una naturaleza no dialéctica” (2010) así como la realización de la identificación con el *objeto a* como resto, que excede la identificación metafórica.

Para concluir: un lugar singular bajo el sol

Habrà que ubicar en cada caso, uno por uno, qué *partenaire* le conviene a ese *parlêtre* para legitimar su saber hacer con *lalangue* así como para habilitar un anudamiento más oportuno. El caso del Hombre de los Lobos nos enseña cómo ese niño atempera su locura a partir de un uso singular que hace con algo que se le ofrece. Citaré el pasaje donde se verifica un enganche *sinthomatico* –de apariencia obsesiva– que pacifica el goce:

Cuando tenía 4 ½ años y su estado de irritabilidad y angustia seguía sin mostrar mejoría, su madre se decidió a hacerle conocer la historia bíblica con la esperanza de reorientarlo y edificarlo. Y lo consiguió; la introducción de la religión puso fin a la fase anterior, pero produjo el relevo de los síntomas de angustia por síntomas obsesivos. Hasta entonces le resultaba difícil dormirse porque temía soñar con cosas malas [...]; ahora, antes de meterse en cama, se veía precisado a besar todas las imágenes sagradas de la habitación, rezar oraciones y hacer innumerables veces la señal de la cruz sobre su persona y su lecho. (Freud, 2003: 58)

La transferencia puede ser el lugar para que esa *locura* tome otro estatuto dando lugar a la singularidad del niño, a su estilo, a sus pequeñas invenciones *sinthomáticas*.

En el *Seminario 23* Lacan nos dice que “... solo tenemos eso, el equívoco, como arma contra el *sinthome* [...] En efecto la interpretación opera únicamente por el equívoco. Es preciso que haya algo en el significante que resuene” (2012: 17-18).

En cada caso se trata de tocar algo de lo real a través del significante para que el *parlêtre* pueda producir un arreglo nuevo con el goce, haciendo disminuir el penar de más que ese acarrea. La posición del analista no consiste en otorgar una solución sino en propiciar que el sujeto la encuentre, que encuentre su singular lugar bajo el sol.

Bibliografía

- Bassols, M. (2018). “Psicosis, ordenadas bajo transferencia”.
 Texto publicado en la web del Congreso de la AMP 2018.

- En línea en: <<https://congresoamp2018.com/textos/psicosis-ordenadas-transferencia/>>.
- Berenguer, E. (inédito). “La instauración del semblante en la infancia temprana”. Versión facilitada por CDIAP de Sant Boi.
- Carroll, L. (2016). *Alicia en el país de las maravillas*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- Eidemberg, A. (1996). “Interpretación psicoanalítica y disparate infantil”. En AA.VV. *Resonancias de la interpretación-Modalidades Clínica*. Buenos Aires: Atuel.
- Ferreira da Silva, R. (2018). “Las psicosis ordinarias y las otras”. En *Papers*, (2). *Desórdenes, síntomas y signos discretos*. Publicación en la web del Congreso de la AMP.
- Freud, S. (2003). “De la historia de una neurosis infantil (el ‘Hombre de los Lobos’)” (1918 [1914]). En *Obras Completas, Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (inédito). *Seminario 21: Los no incautos yerran (Los nombres del padre)*.
- (1987). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1988). “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma” (1975). En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- (2012). *El Seminario, Libro 23: El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- (2014). *El Seminario, Libro 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2010a). *13 clases sobre el Hombre de los Lobos*. Pasaje 865. Buenos Aires.
- (2010b). “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria”. En Revista *El Caldero de la Escuela*, Nueva serie, (14). Buenos Aires: EOL.

Miller, Jacques Alain y Otros. (2011). *La psicosis ordinaria: la convención de Antibes*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, Jacques Alain y Otros. (2012). *Embrillos del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2014). “Prefacio”. En *El inconsciente del niño*. Autoría de Hélène Bonnaud. Madrid: Gredos.

Tizio, H. (2018). “El goce de la lengua y el discurso”. Texto publicado en la web del próximo Congreso de la AMP. En línea en: <<https://congresoamp2018.com/textos-del-tema/goce-lalengua-discurso/>>.